



CLASSICI CONTRO COMMENTI 2.7



AVES TRÁGICAS

MIRYAM LIBRÁN MORENO
Universidad de Extremadura - España

Quiero hablar de un autor griego no muy popular entre el gran público, y quiero hacerlo desde una perspectiva que le hace sorprendentemente simpático y moderno: su delicada, reflexiva visión de la naturaleza. Me refiero al más antiguo de los dramaturgos de Occidente, el tragediógrafo Esquilo. Estamos acostumbrados a ver a Esquilo como un autor rimbombante, inventor de palabras sesquipedales de significado incierto, de estilo entre volcánico y torrencial, grave, potente, ponderoso. En suma: arcaico, ajeno, extraño.

Pero hay otro Esquilo que, ocasionalmente, deja entrever en el atronador y majestuoso torrente de su estilo remansos de sorprendente delicadeza y lirismo, habitualmente protagonizados por los miembros más débiles e indefensos del cosmos: las víctimas, a menudo colaterales, indefensas, inconscientes, del conflicto trágico. En gran número de ocasiones, Esquilo recurre a la comparación con el mundo animal para añadir, sin estridencias ni alharacas, alígeros toques de *páthos*, leves y delicados. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero me voy a centrar en particular en dos símiles de *Agamenón* que tienen a las aves como protagonistas. Y ello por dos motivos: la ornitología es una de mis grandes pasiones, y Esquilo es quizá el tragediógrafo que mejor y más delicadamente describe a las aves.

El ruiseñor hace dos memorables apariciones en la obra de Esquilo, pero me voy a detener únicamente en *Agamenón* 1140-9, versos incluidos en la celeberrima escena de Casandra. Merced a su don profético y maldito, la infeliz Casandra acaba de asistir, a través del tiempo y del espacio, a los baños de sangre que han manchado la casa de Atreo. Incluso ha visto con los ojos interiores de su profecía la muerte de Agamenón y su propio asesinato, inaplazables, abatiéndose sobre ella en el futuro inmediato. El coro, que hasta entonces no creía mucho en la veracidad de la bárbara extranjera, empieza a agitarse, y

compara la melodía del canto enloquecido y poseído de la troyana con la voz del rubio ruiseñor insaciable de lamentos, quien llora siempre “Itis, Itis”, llamando incansable a su hijo y recordando el desgraciado filicidio que cometió en su vida mortal. Pero Casandra recoge el símil del coro y lo vuelve del revés: envidia la suerte del ruiseñor, pese a que dicha ave es el paradigma mitológico de la melancolía y el infortunio. Los dioses, explica la adivina condenada, concedieron al ruiseñor alas, un cuerpo lleno de plumas, y pasar la dulce y simple vida cantando, lejos de las penas humanas que dejó atrás junto con su cuerpo de mujer. ¡Qué distinta es la simplicidad de la vida del ave alígera y canora, una vez abandonado el peso de su carne humana, en comparación con la presión a menudo abrumadora de la consciencia y con el inútil exceso de sabiduría que aflige a Casandra, concedora impotente de su inminente e inevitable muerte!

Continúo con otro símil de *Agamenón*, en el que la sutil humanidad y empatía de Esquilo destacan de nuevo en el retrato de unas aves. Estamos en la sublime párodo de *Agamenón* (49-59). El coro se remonta al pasado de la guerra de Troya. Menelao acaba de perder a su esposa Helena, que lo ha abandonado por el príncipe troyano Paris. El marido abandonado clama buscando justicia. El coro canta que los dolidos e iracundos Atridas son “como buitres que por el dolor desplazado de sus niños hacen círculos por encima de las cunas, impulsados por los remos de sus alas, tras perder el esfuerzo que les suponía custodiar el nido de sus pollos”. Un dios cualquiera, Apolo, Zeus o Pan “oye el lamento de los pájaros, de estos metecos vecinos suyos”, y envía contra los ladrones del nido de los buitres a las Erinis vengadoras. Los toques de delicadeza sobrecogen. Los grandes y majestuosos buitres leonados, los soberanos de riscos y quebradas, han perdido a sus niños (y aquí Esquilo, en un supremo toque de simpatía, llama a los pollos de los buitres *παίδων*, ‘niños’, como si fueran niños humanos), que faltan de la cuna/nido (*λεχέων*). Una parte no pequeña del dolor de los padres buitres, que describen grandes círculos sobre el nido expoliado, es que los niños robados están en tierra extraña (*ἐκπατίους*), lejos de su ambiente natural y de su querencia en el cortado de la roca. De nada les ha servido a estos padres ejemplares el desvelo constante y la inmensa fatiga, gozosamente soportada, de la crianza de su prole. Los buitres lanzan un treno de voz aguda (*γόνον*), que es el lamento ritual que se entona por los difuntos: las aves saben perfectamente que no volverán a ver a sus hijos nunca más. Uno de los altos dioses del cielo escucha los gritos de desesperación de sus vecinos los buitres e interviene para castigar el crimen. El cielo es la morada reservada por derecho a los dioses, los ‘ciudadanos’ por pleno derecho de la *polis* celestial. Pero los pájaros son también criaturas del aire y por tanto vecinos de las divinidades: residen como metecos (*μετοίκων*) en la *polis* celestial y están bajo la protección de los seres celestes. No permitamos que se dañe a las criaturas aladas de los dioses; no inflijamos pena innecesaria a unos padres admirables, más entregados y atentos que los propios humanos en ocasiones.

La sustancia de ambos símiles, protagonizados por los buitres y por el ruiseñor, ya estaba en Homero. Pero Esquilo hace algo distinto y único con ellos. Esquilo no establece diferencias claras entre el pájaro y la persona; la perspectiva visionaria del poeta ve que el carácter de víctima inocente iguala y asimila a hombre y ave. La fusión casi mística de ambas mitades aparentemente irreconciliables en una sola y superior realidad, la comunión de todas las criaturas vivas del planeta, el asombro ante la maravilla que supone la biodiversidad, la consciencia de que los seres animados no son esencialmente distintos y son todos acreedores del debido respeto y humilde admiración, es parte del legado que debemos a este maravilloso poeta.

Cáceres, el 29 de febrero 2012